



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

10/ LA AUTORREALIZACIÓN PERSONAL DE LOS PROFESORES EN LA EEP

A. Polaino-Lorente

- 10.1. La autorrealización como neurosis.
- 10.2. La heterorrealización como valor.
- 10.3. La dignidad personal, raíz de la primera de nuestras obligaciones.

10.1. LA AUTORREALIZACIÓN COMO NEUROSIS

El término "autorrealización" no es de hoy, ni siquiera de ayer, y, sin embargo, continúa estando de completa actualidad a pesar de los veinte años que lo separan desde que se generalizó su uso.

No podía ser de otra forma, puesto que la vida humana no está hecha de una vez por todas y para siempre desde el momento mismo del nacimiento. La persona es, pero no está hecha; de igual modo que el hacerse de cada vida humana nunca es un hacerse de la nada. El hombre tiene que hacerse, pero a partir del ser que es. Y a esto precisamente es a lo que denominamos con el término de autorrealizarnos. El hombre se realiza a sí mismo, simultáneamente que realiza otras muchas opciones y actividades.

La autorrealización personal implica la necesidad de apelar a la libertad. Sin libertad personal no podría entenderse ningún proceso autorrealizador. El hombre se autorrealiza porque elige y al hacerlo —independientemente de lo que elija— opta también inevitablemente por un cierto modo de ser. La temporalidad —el hecho de que el ser del hombre no esté totalmente hecho desde su inicio— y la libertad —el hecho de que podamos elegir ésta o aquella trayectoria biográfica— posibilitan la existencia misma del proceso autorrealizador.

Ahora bien, por esos mismos elementos constitutivos, la autorrealización humana aparece doblemente limitada y siempre de una forma relativa. Aparece limitada, en primer lugar, porque siempre que elegimos renunciamos a todo lo que no elegimos (lo que constituye ya una importante limitación en el proceso autorrealizador), y, en segundo lugar, porque al elegir esto o aquello forzosa-mente nos comprometemos y enriquecemos con lo elegido que, en cierto modo, pasa a ser un ingrediente de nuestra propia hechura personal. He aquí algunos de los límites de la autorrealización personal.

Pero el proceso autorrealizador es siempre en el hombre algo relativo. En primer lugar, porque el mismo ser que se autorrealiza —el ser del hombre— es un ser relativo, un ser cuya naturaleza está afectada por la relatividad. Dicho de otra forma: un ser que no es absoluto, ni necesario, ni eterno.

Y, en segundo lugar, porque la libertad con cuyo concurso se diseña y elige la propia hechura en que la persona quiere transformarse está afectada también por esa misma relatividad.

Convengamos, pues, que el proceso autorrealizador es un hecho más de la naturaleza constitutiva del ser del hombre. De ahí que toda persona trate, de una u otra forma, de autorrealizarse, aun incluso cuando ignora por completo el mismo hecho de la autorrealización personal.

Sin embargo, es muy conveniente que el hombre sea consciente de su propia autorrealización, del diseño que hace y de la misma vertebración personal con que, paso a paso, se va configurando su trayectoria biográfica. Ahora bien, como hemos visto líneas atrás no puede haber autorrealización sin libertad. Y la libertad, en tanto que elección, supone la apelación, la apuesta por unos valores determinados. En cierto modo, elegir es sinónimo de valorar, de escoger una vez que hemos evaluado las diferentes posibilidades y opciones. Desde esta perspectiva, la autorrealización personal no es otra cosa que la apuesta biográfica que el hombre hace por unos determinados valores, de manera que realizándolos en sí, en su hacerse a sí

mismo de cada día, le avaloran y le hacen alcanzar el valor que para sí quiere.

Llegados a este punto es donde podemos explicar muy sucintamente el hecho de que la autorrealización personal se haya transformado en muchas personas en un proceso neurótico.

Hay personas que, al diseñar su propia vida, eligen para su configuración personal no tanto aquellos valores que, encarnados y elegidos por ellos mismos, le permitieran alcanzar el fin que se proponen, sino que más bien eligen otras opciones —axiológicamente más débiles y menos auténticas, es decir, optan por los pseudovalores— con las que vitalmente no se sienten comprometidos. La elección de estos pseudovalores no se realiza desde la libertad, sino más bien desde la presión que sobre ella se ejerce desde una determinada coyuntura histórico-cultural. Es decir, se elige como estilo personal de vida, como hechura y configuración biográfica, aquellos rasgos y costumbres que, por defecto de la moda, están en alza durante apenas esos años.

La neurotización del hombre a través del proceso autorrealizador puede seguir, entre otros, uno de los dos caminos siguientes:

1. En primer lugar, a través de la *elección de pseudovalores* que ni siquiera han sido evaluados como valiosos por la persona que los elige. Y es que "el valor, como escribe García Morente (1975, p. 119), es la cualidad de la cosa estimada y se llama bien a la cosa misma que realiza o en que se realiza el valor". La neurotización a través de la autorrealización acontece cuando los valores elegidos no son tales, en razón de que no hay ningún bien que aquellos realicen al realizarse.

En cierto modo, esos valores no valen (para aquella persona) porque para quien los elige son pseudovalores. Y, en alguna manera, quien opta por esos pseudovalores tampoco elige propiamente, sino que cae en la rampa de la pseudoelección mimética, del con-

formismo imitativo de la adaptación anónima al perfil axiológico que, impuesto desde la masa, es dócilmente seguido.

La neurotización, vía autorrealización, no adviene aquí porque los valores sean mudables, cambiantes o demasiado versátiles de unas sociedades a otras o de una a otra etapa histórica. Es sabido que las cosas en que se realizan los valores es menester que estén sujetas a cambio, dada su condición material, pero adviértase que el valor mismo permanece, a pesar del cambio. El proceso neurotizador surge cuando el proceso autorrealizador diseñado es tal que de seguirse supondría una grave amenaza para la identidad personal de quien realiza y se realiza a través de esos pseudovalores que ha elegido. Es decir, cuando la *metanoia* axiológica que se obra en la persona hace que ésta no sea ya capaz de reconocerse a sí misma por haber perdido o extraviado la continuidad de su sentido biográfico, profesional, familiar o personal.

2. Y, en segundo lugar, a través de la *atención selectiva y focalizada en el proceso autorrealizador*, en tanto que proceso que apunta a un fin (el hacerse a sí mismo como tal persona valiosa) que debiera trascender a quien así lo elige.

En este último caso, la neurotización se produce como consecuencia de transformar en fines lo que, obviamente, son sólo medios: el proceso de autorrealización, incluso la misma autorrealización es siempre un medio que apunta a un fin, pero él mismo en tanto que mero proceso no es ese fin que se pretende alcanzar.

La persona neurótica está más pendiente del mismo proceso autorrealizador que de lo que se alcance y realiza a través de la autorrealización. Dicho con otras palabras: al focalizar la atención en la rigurosa observancia de si en ese momento está uno realizándose o no, se deja fuera de foco, se pierde y oculta el fin que se pretendía alcanzar, precisamente a través de ese proceso autorrealizador.

Aquí, el ocultamiento del fin pone de manifiesto la absolutización de los medios —el proceso autorrealizador—, que por este camino se ha hecho socialmente relevante y deseable.

La deseabilidad social de la autorrealización personal encubre muchas veces un latente pero eficaz proceso anómalo de desarrollo de la personalidad que, por su cercanía a los viejos modelos psicopatológicos, podríamos todavía hoy denominar con el término de personalidad neurótica.

De hecho, la autorrealización como neurosis no traduce, sino una extraña *metanoia*: la de la alienación personal. En efecto, al escoger y servir dócilmente los pseudovalores que están de moda en una determinada coyuntura social, la persona deviene (se autorrealiza) en aquello precisamente que imita, pero que sinceramente no quisiera para sí. Es éste un proceso enajenante, de extrañamiento personal, por cuyo concurso el hombre adquiere la hechura que jamás habría elegido para sí mismo y que, sin embargo, ha sido posible gracias precisamente al encadenamiento de pseudoelecciones, de elecciones relativamente fingidas, de pseudovalores conjeturales.

Incluso puede llegar a ocurrir —a fuerza de renunciar a sí mismo— que alguien se sienta frustrado sólo porque en su contexto social no es evaluado como una persona autorrealizada. En esta última solución se riza el rizo hasta el extremo de que una persona puede escoger autorrealizarse, aunque no lo desee ni lo quiera, sólo para no ser tildada de no realizada, de frustrada o de neurótica.

En este horizonte, algunos profesionales de la EEP tal vez puedan considerar que la profesión elegida no les autorrealiza, es decir, que no satisface los estándares económicos mínimos que han sido fijados como criterio social vigente para juzgar acerca de la autorrealización profesional o no de las personas. Pero fíjense que, en este caso, el criterio de autorrealización lo impone la sociedad y el profesor sólo trata de adaptarse a él y satisfacerlo. Pero en ese caso el profesor no elige ni los valores que quiere realizar en sí, ni los valores que quiere realizar en otros, ni el criterio de valoración que mide a unos y otros. Quien si-

guiera este modo de decisión podría llegar a la paradoja de estar plenamente autorrealizado (desde el criterio socialmente vigente), a la vez que plenamente frustrado (desde su libérrima perspectiva axiológica).

En definitiva, el profesor de EEP debiera atenerse a la elección de valores que para él valgan y no de pseudovalores, más o menos socialmente vigentes. Incluso eligiendo bien, a nadie se le oculta que toda autorrealización personal es siempre imperfecta, pues, como escribe Gracia Hoz (1988, p. 34), "la realización de la persona es imperfecta en cada hombre por el imperfecto uso de la libertad".

10.2. LA HETERORREALIZACIÓN COMO VALOR

El necesario proceso de autorrealización, al que me he referido líneas atrás, puede ser afrontado desde una perspectiva muy distinta. Esto es lo que sucede cuando los valores por los que uno opta, aquellos que pretende realizar en sí, se confunden precisamente con los valores que se pretenden realizar en los otros.

En este caso concreto los valores a realizar en uno mismo y en los demás son coincidentes o, si se prefiere, hay una perfecta identidad, o por lo menos una gran congruencia entre los valores que el hombre realiza (*ad extra*) y los valores que al hombre le realizan (*ad intra*).

En este caso particular los valores que el profesor realiza a través de su trabajo en la persona del alumno coinciden precisamente con los valores que a través de su trabajo el profesor realiza en sí mismo. Dicho de otra forma: el criterio de autorrealización personal está definido por la satisfacción o no del criterio de heterorrealización de las personas a las que enseña.

Autorrealización y heterorrealización son aquí coincidentes. En la medida que un alumno realiza en sí un determinado valor, en esa misma medida su profesor

realiza también en sí aquel concreto valor. La heterorrealización del educando deviene en criterio justificativo evaluador y legitimador de la autorrealización de los profesores.

Si apelamos al anterior criterio, ningún profesor se autorrealiza como tal, a no ser que heterorrealice en cada uno de sus alumnos —según las posibilidades de cada uno— ese mismo valor. Según esto, no cabe ser "un buen profesor de unos malos alumnos", sino que un "buen profesor" sólo puede serlo en la medida en que los educandos a los que enseña sean "buenos alumnos".

El profesor de EEP se realiza a sí mismo como educador en la medida en que heterorrealiza a sus educandos como buenos alumnos. He aquí la doble exigencia de un único proceso; una exigencia que aúna e integra, todavía más, los dos elementos que la constituyen y configuran como lo que es: el proceso de enseñanza-aprendizaje.

El proceso de enseñanza-aprendizaje es paralelo al proceso de autorrealización-heterorrealización. El profesor enseña y se autorrealiza en la medida en que sus alumnos aprenden y se heterorrealizan a través de lo aprendido. El profesor de EEP se autorrealiza enseñando, de la misma forma que el alumno de EEP se autorrealiza aprendiendo. Por otra parte, un alumno se autorrealiza en el proceso de aprendizaje en la misma medida que posibilita la heterorrealización de su profesor en el proceso de enseñanza.

En cierto modo, no hay autorrealización posible —cualquiera que sea el ámbito donde ésta se estudie— que no nos interpele, una y otra vez, respecto de la heterorrealización de esos mismos valores en un determinado contexto, situación o ambiente. Lo que esto significa, entre otras cosas, es que la autorrealización —aunque sin dejar de ser un proceso personal— es siempre algo transpersonal, algo que trasciende a la persona que a sí misma se realiza.

Es decir, que la autorrealización tiene una dimensión social y que, por consiguiente, ninguno de los valores encarnados por las personas es del todo ajeno a la sociedad en que esas personas viven. De otra parte, no po-

dríamos mutilar, escamotear o renunciar a la dimensión social de la autorrealización personal sin poner seriamente en duda al mismo proceso autorrealizador.

La heterorrealización —tal y como aquí se nos aparece vinculada a la autorrealización— pone de manifiesto la real interdependencia y solidaridad que como un hecho tozudo e irreprimible se da siempre entre los hombres, de manera que si uno mejora en algo, en cierto modo, todos mejoran gracias precisamente al valor acrecido en aquella persona. Lo mismo podría afirmarse cuando un valor se extingue, disminuye o decrece en cualquier persona.

He aquí la emergencia de un nuevo valor —el saber que lo que a mí me realiza, también a otros heterorrealiza—, que funcionalmente constituye una espléndida motivación para la búsqueda exigente y urgida de la autorrealización personal: el conocimiento de que cuando uno se perfecciona a sí mismo, de una u otra forma, contribuye a la perfección también de los que le rodean.

Es decir, que la heterorrealización de los demás (fin) exige la autorrealización personal (medio) y, por consiguiente, la necesidad de autorrealizarse cada uno a sí mismo puede y debe estar demandada por la necesidad de que quienes nos rodean también se autoperfeccionen. La heterorrealización se ha transformado así en el valor que avala a la autorrealización personal.

Por la solidaridad, cada profesor de EEP debe contribuir — con la misma fuerza e intensidad que si se tratara de sí mismo— al desarrollo de las perfecciones en sus alumnos. Y esto, porque si no contribuye a que sus alumnos desarrollen lo perfectible en que consiste la perfección inicial que había en su naturaleza, él mismo se hace insolidario con ese bien personal de los otros. Y, en ocasiones, no solamente solidario sino culpable, por cuanto que al frustrar el desarrollo de ese bien en el educando también se niega a sí mismo la posibilidad de participar y enriquecerse con él.

Por contra, cuanto más se autorrealice un profesor, más pueden enriquecerse solidariamente sus alumnos; del mismo modo, cuanto más ayuda el hombre

con su solidaridad al desarrollo de los otros hombres, más se autorrealiza su ser personal.

Sin ese estilo educativo, quicio de la EEP, ni uno ni otro alcanzarían la plenitud personal a que cada uno está destinado, al menos en tanto que profesor y alumno, respectivamente.

La EEP nos invita a salir del anonimato para singularizarnos participativa y solidariamente, de manera que la realización personal del profesor se construya con la autorrealización personal de cada uno de los educandos a los que aquél se entrega. Si el estilo de enseñanza adoptado por el profesor en Educación Especial frustrara ésta o aquella dimensión de la personalidad del alumno, si no la satisficiera y acreciera como es debido, si en lugar de optimizar su desarrollo facilitara su retardo o inhibición, inevitable y simultáneamente se estarían frustrando, amenguando e inhibiendo esas mismas posibilidades en el profesor, en tanto que profesor.

Por eso, la libertad es condición *sine qua non* para que cada uno se dé y reciba al otro. El otro es en la EEP mucho más que un objeto captado por un conocimiento objetivo. El otro es esencialmente la libertad de autorrealizarse. Yo colaboro a su libertad y le ayudo a hacerse un ser: el que libremente él ha elegido. Por esa ayuda solidaria, por esa participación en el proceso autorrealizador del otro, el profesor de EEP deviene en autoperfección participada y participante, al tiempo que toma conciencia del valor de su libertad, pues, como dice Jaspers, "adquirimos conciencia de nuestra libertad cuando reconocemos que otros esperan de nosotros".

Todo lo dicho anteriormente puede y debe trasladarse a la educación y a sus consecuencias sociales. También aquí, en la medida que la enseñanza se autorrealiza como tal, en esa misma medida la sociedad se heterorrealiza en aquellos valores. El cambio social pasa, pues, por el cambio pedagógico. Los auténticos valores educativos están llamados a constituir el necesario perfil axilógico a cuyo alrededor se configure una nueva sociedad. He aquí un reto pedagógico de siempre —hoy acaso más urgido

que nunca— que desvela el carácter revolucionario de la auténtica pedagogía.

10.3. LA DIGNIDAD PERSONAL, RAÍZ DE LA PRIMERA DE NUESTRAS OBLIGACIONES

Es lógico que los educadores de EEP sean personas enormemente idealistas, por cuanto que con su quehacer aspiran no sólo a transmitir cierto saber —que acaso aquí no es lo que más importa—, sino que se constituyen en verdaderos terapeutas y modificadores del comportamiento de sus alumnos en orden a hacer de ellos no personas más inteligentes, sino más capacitadas, más útiles para arrostrar su propia existencia y, por consiguiente, más felices. Pero esa dosis de idealismo que hay en todo educador especial se erosiona muy fácilmente cuando el duro y pesado trabajo que realizan un día tras otro no se ve compensado por la obtención de resultados, por la consecución de la modificación de la conducta infantil que pretendían.

Con esto no quiero decir que sobre este idealismo. Pues, por otra parte, algo necesariamente ha de empujar las velas de la barca de la EEP si, como hasta ahora sucede, ésta sigue tan mal retribuida y tan poco prestigiada, al menos en nuestra sociedad.

Y es que “la vida —escribió García Morente, 1975—, cada vida, es un compromiso, un apaño entre el imperativo inexorable de la realidad y el imperativo imperioso del ideal”.

Lo que sí quiero afirmar es que hay que aproximar los ideales a la realidad. De lo contrario, sólo conseguiremos que haya educadores especiales frustrados y resentidos, personas que siguen en la brecha acaso porque no han encontrado otra parcela más fácil en la que conseguir trabajar, es decir, *teacher burnout*, profesores quemados. Pero con los restos de un incendio resulta im-

posible la construcción de una nueva casa, del nuevo estilo educativo en que consiste la EEP.

La profunda y difícil tarea de la EEP no está anclada en el mero idealismo pasajero que al menor obstáculo o dificultad puede abandonarse. La tarea de enseñar está animada por el mismo dinamismo que vibra allá en el fondo de la vida humana, y resulta de esa inquietud, de ese anhelo de perfección que, aunque irrealizable y un tanto utópico, subyace en cada profesor hasta el punto de resultar irreprimible.

Esta sed insaciable de perfección no queda limitada por la propia piel, sino que va más allá de uno mismo; no se restringe al estrecho ámbito de lo personal, sino que lo desborda y lo trasciende hasta comunicarlo y compartirlo con los que le rodean. Esta necesidad de perfección remite a la dignidad personal como a su origen, al mismo tiempo que es como la raíz de la primera de las obligaciones del hombre, y se extiende en su apertura a todo lo ancho de un amplísimo horizonte: de lo perfectivo a lo afectivo y de lo cognitivo a lo social.

He aquí la razón, el “gusanillo”, esa especie de duendecillo, de “eros pedagógico” al que tradicionalmente se ha apelado a la hora de explicar el porqué de la motivación de los profesores hacia el duro y mal gratificado trabajo que realizan. Los tópicos anteriores son coincidentes y explícitos al señalar la profunda inquietud que sostiene y sobre la que se acabalga la vocación docente.

En el fondo de este afán de perfección, lo que subyace es el hambre de conocer. Pues, como afirma García Hoz (1988, p. 33), “conocer es dominar, porque es poseer algo de la realidad del objeto conocido; la idea arranca del objeto para entrar en la mente”. Nadie se extrañará de que el profesor sienta la irreprimible inquietud no sólo por conocer lo que él mismo no sabe, sino por conocer cómo los que no saben llegan a esos conocimientos, es decir, por conocer el conocer de los otros.

He destacado aquí el carácter autoperfectivo que se opera en la persona del profesor de EEP, justamente a causa del trabajo que realizan. Son muchas las “consecuencias” que de ese trabajo le quedan y que más

tarde llegarán a engalanar su personalidad. Éste es el caso, entre otros muchos, de la paciencia, de la solicitud por todas las personas sin excepción, del estar permanentemente disponible, abierto a lo nuevo y al servicio de los más jóvenes y, cómo no, de ese "aire" de vigorosa jovialidad que jamás acaba de desaparecer del talante de los maestros, cualquiera que fuere su edad.

Puede afirmarse que los profesores suelen ser buenos conocedores de sus alumnos y de sí mismos —también de sus defectos personales—. Y este conocimiento es uno de los que a la postre más importa, pues, en última instancia, la forma de posesión más sublime —y menos vulnerable a la desposesión— es la que se conquista a través del perfeccionamiento personal. Y el profesor está vocado a ello, pues no ignora que cuanto mayor sea el autoperfeccionamiento personal, más fácilmente y mejor servirá a sus alumnos.

En consecuencia con ello, el profesor de EEP se sentirá interpelado a mejorar personalmente, puesto que con su perfeccionamiento personal puede contribuir a la felicidad de los demás. ¿Y quién se negará a hacer un pequeño esfuerzo con tal de hacer mucho más felices a quienes precisamente de él desean aprender?

El ideal al que nos convoca la actual *paidéia* renovada de la EEP es, ciertamente, muy exigente y ambicioso; pero no supongamos que antes no fue así, pues, como afirmaba García Morente (1975) refiriéndose al educador, "la profesión que habéis elegido es voraz y exclusivista, se traga al hombre entero; no sólo exige la parte pública de la personalidad, sino además la privada e íntima (...) Porque el maestro entrega a su profesión su vida entera, no se reserva nada para sí mismo, lo da todo y, en cierto modo, se sacrifica íntegramente en el altar de sus obligaciones". Esta afirmación, que puede suscribirse respecto de cualquier educador, encierra un mayor grado de exigencia cuando concretamente se refiere a los profesores de EEP.